Exile

Calami

Capítulo 1

— ¿Hace cuánto nos conocemos?
— No lo sé. ¿Llevas la cuenta de esas cosas?
— ¡Por supuesto! ¿No crees que, algunas personas, merecen tener un espacio, un número determinado, para recordarles?
— No. La verdad, no.

Claro, ¿Cómo podría atribuirle la importancia que requería? Si no me mira como yo a él, ¿Para qué me iba a recordar? Era un rostro familiar, una obsesión pasajera; nunca sería la protagonista de sus cuentos.

Pero yo sí le recordaría.

Quizás la fecha fuese inexistente, al igual que los encuentros, las conversaciones y los anhelos. Pero, tendría presente la incógnita que siempre me ha generado su mente, esos ojos que logran inspirar canciones, su risa atrayente. Nunca pude descifrarlo, y ha sido lo que más me ha frustrado. Si tan solo pudiese entender lo que quiere, lo que busca, ¿Habría diferencia? Me gustaría creer que sí. Que existe una posibilidad, aunque fuese a fallar. Solo una oportunidad.

No obstante, sé que es un capricho, una urgencia a mi patología de querer lo que no puedo tener, el cambiar lo que ya no se puede borrar. Y debo ser consecuente, más allá de mi propia ambición, que no me he de quedar.

Pero lo recordaría.

Por lo que bebe en el desayuno, por lo escueta de sus palabras, el afán por las historias utópicas y la pasión por los libros que otros desechan. Por sus bromas expresadas en tono prudente, añadiendo una ligera curva en sus labios: esos que no puedo tocar porque nunca ha sido el tiempo, el día, ni el lugar.

—¿Y qué haces, cuando la persona ya no está? — Agregó, finalmente.
—Lo recuerdo.

Capítulo 2

Yo que entré en tu jaula
para quedarme a vivir,
he empezado a odiar
tu libertad. —Beret.

— No puedo decirle que me hace mal.
— ¿Por qué no?
— Porque no es su culpa. No es responsable de esta patología de querer encerrar a los que quiero.

Una patología traducida en necesidad. No lo podía negar, siempre estaba allí; como un fantasma, una sombra que reaparecía en los momentos de mayor quietud. No se escondía, marcaba presencia y no temía ser desplazada. Pero ella lo olvida, confiaba que no la volvería asechar.

Había pasado un lapso considerable desde que su atención y sentimientos estuvieron dirigidos, con vehemencia y aprehensión, hacia alguien más. Se había destruido a sí misma, y vuelto a reconstruir, confiada en que los errores cometidos no dejarían más secuela que una marca. Una marca como la que deja un recipiente caliente en un mueble fino o la de un golpe directo y seco en la pared, que luego el tiempo termina camuflando; con polvo o color, para ser recordado solo cuando otro preguntara sobre su origen.

Pero cuando alguien la notaba: sin intención, por descuido o inconcebible interés, ella volvía a creer, esperar, anhelar, un nuevo querer. Le parecía absurdo la facilidad con la que caía en viejos hábitos, pero resultaba incontrolable. Era inextinguible el fuego que florecía en su interior con tan solo dedicarle minutos al día. Absurdo. Pero consciente de la utopía que creaba para sentirse viva, deseada, importante para cualquiera, mientras ella se ponía como última opción.

Y ese era el problema, ese era el motivo de su incesante búsqueda. Quería que otro le devolviera el éxtasis del amor que no conseguía sentir por sí misma. Quería ser correspondida, aunque no le interesara quien lo proporcionara, si fuese a funcionar o durar. Una búsqueda de la que solo los adictos conocen; esa que les lleva a perseguir la euforia que sintieron la primera vez. La que jamás alcanzan, pero se acercan.

Junto a esa necesidad, crecen las expectativas y el miedo. Las expectativas de que fuese simple, posible, pero con miedo a perder a sí misma en el intento. De esa forma, dibuja una jaula para algo que no existe, añora por la oportunidad de sellar la salida, aunque eso le implique

regresar a mirar viejas grietas.

A veces, quiere la libertad que posee, otras; desea el encierro si eso implica compañía. Y pelea con ambas sombras de esa luna, hasta que reincide en el flagelo del autoexilio: para recomponer su mente, emociones, y dejar en absoluta libertad a lo que no se puede enjaular.

Capítulo 3

La realidad es que todavía le quiero contar a la gente sobre ti, de quién fuiste y sigues siendo para mí, aunque no estemos juntos esta vez.

Les quiero contar cómo nos encontramos después de tantas vidas por separado, donde nos convertimos y formamos, mediante golpes, heridas y errores; quienes éramos en ese momento. Que encontramos el alivio y esperanza en solo unas cuentas palabras.

Les quiero contar cómo vivimos el amor y el desamor a la par, como quisimos y fallamos, nos perdimos y reencontramos luego de tanto caos. Nos rompimos y reconstruimos con paciencia y bondad, donde entendí que te amaba más de lo que podía imaginar; de una manera diferente al iniciar.

Les quiero contar el por qué te quiero y adoro por sobre todos, el cómo encontré una parte faltante en mi que jamás extrañé hasta que apareciste a completarla.

Les quiero contar que siempre vivirás en cientos de cosas que me recuerdan a ti, que quise tanto una vida compartida pero que terminamos siendo lo que se desea y jamás se obtiene; un capricho insaciable, una meta inalcanzable, un amor no correspondido que se empeña por ser real.

Les quiero hablar de ti porque contigo no puedo hacerlo, porque si te digo lo que siento, a ese nivel, crearias esperanzas que no quiero hacer realidad.

Solo quiero hablarle al mundo de ti porque eres lo que inspira amar la imposibilidad, lo ajeno e impredecible, lo que me aviva y destruye. Tus palabras escasas e impredecible, lo que la ausencia y el extrañarte, aún en presencia, provocas en mi vida.

Porque el caos y el bienestar llegó contigo y eso es lo que quiero contarles.

Capítulo 4

Hay algo de luz en tus ojos,
como en espera a una señal, mía o de alguien más.
Una atracción en tu piel
que me lleva a irrumpir tu espacio personal
A quedarme cerca de ti, sentir frío en la habitación,
mientras las manos queman.

Si no conociera la duda, derribaría toda inseguridad
me volvería un secreto a voces, un daño colateral, un accidente.
Querría ser torpe, que mi tacto transmitiera la energía que no he sabido canalizar a través de ti.
Querría que me veas de nuevo, con curiosidad e intriga, ingresando tu vida, sin historia que contar.

Borrar lo que hemos sido hasta ahora,
conocer lo que tus ojos podrían ver en mí
si tan solo la esperanza no estuviera en otro lugar, con diferente rostro y necesidad.

Capítulo 5

Fui la casa abandonada que habitabas cuando el mundo ya no te ofrecía lo que querías. Porque la casa abandonada no desaparecía, no menguaba su calor ni te dejaba afuera con tanto dolor. Estaba allí, cuando nadie más lo estaba. Y por eso volvías, luego de olvidar tantas veces la dirección, reaparecías como si la humedad de esas noches desoladas, las grietas de los muros y la pintura rasgada no existieran ni se acrecentaran en cada ausencia prolongada y tan deliberada. Jamás mediste las consecuencias de una casa vacía, tan deseosa de ser un hogar para ti, que esperaba cada noche volver a su labor habitual, para brindarte eso que tanto buscabas y ella anhelaba que lo encontraras allí.

Capítulo 6

Me llevó incontables horas, inmensurables segundos, cientos de días y varios años saber lo que quería de ti.

Comenzó como una creencia inherente de lo que debía ser:
Elegirme, llevarme la contraria para luego ceder, confiar en mí pero permitir desconfiar de ti y viceversa.
Invadir mi terreno, comprarme como propiedad, aceptarlo y armar el jardín a la par. Perdonar, incluso, la imprudencia al cruzar la vereda porque tengo demasiados trastornos que ni yo sé tolerar. Así que, ¿Por qué te habrías de quedar?

En cambio, ahora sé, que es lo que nos hace bien, lo correcto de querer.
Porque vi, en la bruma de tantas vidas lo que no quería absorber.
Y, ahora sé, lo que quiero para mí, antes que sea de ti:
Que me elijas porque así lo desea tu alma, que entiendas que la vida es mía y decido compartirla contigo, que somos libres y nos respetamos así.

Tú no me debes nada y tampoco yo a ti, que si prefieres me cantas, pero no te impongo la letra. Quiero que seas genuinamente tú, que compartas lo que sientas esencial o solo me mires y que el silencio se sienta como hogar.
Quiero, aunque parezca absurdo, que golpees la puerta antes de entrar, que veas lo que construí antes de ti, que es mío, que no es algo que vaya a negociar.
Quiero que me digas cuando algo no funcione, no leo la mente y vos tampoco, así que, hablemos, leamos las cartas y empecemos de nuevo.

Entiende que ambos buscamos que el rompecabezas encaje, pero es una elección y no imposición, que si no funciona aquí, en otro será mejor. La cuestión es compartir, aprehender y sentir, no exigir solo dejarnos fluir.

Espero que sea contigo porque, *¿Quién no querría quedarse conmigo?*

Capítulo 7

Escucho ciertas canciones y melodías con placer, orgullosa de haberlas encontrado,
pero luego recuerdo de que fuiste tú quien las tenía
y me las entregaste
o quizás las sostuve un momento, justo en el trascurso de tu ida,
y se quedaron conmigo
como fragmentos, como evidencia de que estuviste aquí
y las mantengo, las valoro y entiendo
sigues en ellas y también en mí.

Capítulo 8

Aprendí que no hay días fríos cuando estoy a tu lado caminando por las calles. Aún cuando hay un auto, en algún lugar, esperando.

Aprendí que prefiero no dormir si en la cama estás. Aún cuando el arrepentimiento me golpee por la mañana.

Hablando, riendo, soñando mientras me cuentas lo que hiciste ese día. Para luego iniciar mi propio verso por el solo hecho de que quieras saberlo.

Aprendí que compartir no es saberlo todo. Que hay ecos que merecen ser desechados y otros idiomas deben ser creados.

Aprendí que contigo no alcanzan los dias que nos quedan, pero que te encontré en un momento en que podría revivir cualquier instante.

Y ese; sería suficiente.

Capítulo 9

Espero que sientas mi indiferencia,

Cuando ya no te busco,

ni te nombro.

Cuando no me urge captar tu atención,

Ni sueño con encontrarme en tus relatos.

Espero que sientas mi ausencia,

Cuando ignoro tus mensajes,

Ni río con tus bromas.

No es odio ni rencor,

No hiciste nada malo, fui yo

Que no lo pude decir,

Pero al verte lejos de mí,

Espero que sepas

Que te quería junto a mí.

Capítulo 10

Recuerdo todas las
amistades que sostuve con
el tiempo,
sus nombres e historias
como se entrelazaban en mi
cuento.

Por mucho que me resistía,
siempre alguien aparecía.
Eran una o dos, ¿para qué más?
les fallé como ellas
también a mí.

Pero recuerdo que llegaron
porque las necesitaba,
y recuerdo cómo se fueron,
porque ya no eran
necesarias.

Capítulo 11

No puedes llegar a su vida
y ser la tormenta
que destruye sus muebles,
pero que le impregna de coraje,
entre la niebla,
para visualizar un futuro
en medio de su ruina.

No puedes ser la que lo motiva tipear su
biografía,
cuando su historia comienza a evaporarse,
mientras el torrente lo seca con dudas.
Porque respiraba, se reía y soñaba
con otra memoria
poco antes de que tú llegaras,
tiene grietas, fotos y un nombre para
despedir.

No puedes llegar a su vida
y ser la tormenta
que destruye su duelo,
arrasa con su vida
y pretende ganar.

Capítulo 12

Sé, con genuina certeza,
que un día abandonaré las guerras
con el tiempo ajeno.
Y no me conformaré con las horas
adjudicadas en cada batalla.
No seré prioridad,
pero mi nombre logrará ocupar
cada espacio en blanco,
que antes debía ganar.
El tiempo nunca me ha favorecido,
pero obtuve la victoria,
cuando desistí de facilitarte el mío.

Capítulo 13

Dije en silencio,
como un susurro en aprietos,
mientras el estómago ardía y toda
mi historia resumía
"no escribiré sobre él en mis
libros, no todavía"
Porque aún no empezaba, porque
todavía no se iba.
Lo haría:

Escribiría

Se iría

Pero no todavía.

Capítulo 14

Crecí en la cultura de las etiquetas,
Uno nás uno siempre es dos. Lo entiendo y respeto.

Pero a veces es difícil —frustrante, inclusive— ver a alguien atractivo y no imaginar su jaula para que así, solo cante para mí.

Sé que no nos pertenecenos, que elegimos cuando querernos, que la libertad siempre fue nuestra, pero robada con el tiempo.

Entonces quiero intentar lo nuevo; viajar con extraños, conectar y olvidarnos al rato. Ingresar al juego.

Pero temo no comprender el por qué no existen reglas, ¿cómo no te aferras? O sientes, al menos, su ausencia.

Allí donde todos ganan; yo temo perder (*me*).

Capítulo 15

El problema con los vínculos es que los lugares en donde compartiste momentos con alguien especial, permanecen; las personas no. A veces logras esquivar el cine o, la librería te saluda al pasar y continúas tu rutina. En cambio, en otras, el capuccino que bebes por capricho y rebeldía, jamás deja de reproducir, en cada sorbo, la época en que el sabor no era tan agridulce.

Pero te obligas a continuar, a visitar cada sitio para hacerle frente a los fantasmas enjaulados. Quienes no desaparecen, pero al menos puedes coexistir sin perderte en ellos. En teoría.

En eso estaba. Hablándoles; indicando qué parte de esas anécdotas prefería atesorar y cuales solo quería olvidar. En eso estaba, cuando el más absurdo y simple de mis deseos se materializó. Perdí un latido cuando su cuerpo volvió a iluminar la entrada de □□□□cafetería.

Luego de dos años, allí estaba.Frente a mí. Y me buscaba entre la gente, como yo lo busqué en cada multitud a la que me enfrentaba sin él. Allí estaba.Para verme.

Me sonrió, con un reflejo de disculpa en su rostro.
— Ha pasado el tiempo ¿Eh? — Comentó como forma de saludo, sentándose frente a mí. Como si fuera un comentario sarcástico. Algo que él nunca tuvo, pero yo sí.
— Y aún así, se siente como ayer. ¿Qué pasó?

No sabía si se lo preguntaba por su repentina aparición, o por lo que nunca había podido descifrar por mí misma después de su partida. Pero lo dejaría encauzar la conversación.

—No fue tu culpa. Espero que lo sepas… — Parecía sincero, pero no le creía. Había algo en lo que había fallado, pero no sabía qué.-—Solo… Nunca fui bueno siendo amigo ¿Sabes?. Ni haciendo amigos y supongo que tampoco conservandolos.
— Yo era tu amiga, Josh. Más que tu pareja, era tu amiga. Y siento que después de haberte dicho que te amaba, lo nuestro cambió. Así que no digas que no fue mi culpa.
— No lo fue. No fue nada de eso. Solo… coincidió. Estaba ya perdido, agobiado y mis inseguridades tomaron posesión de mis decisiones. Sentí que lo mejor para mí, para ti, era no continuar.
— Podrías haberlo dicho. Escrito, no sé. Apartarme de tu vida como lo hiciste no fue lo que merecía. Pero te entiendo.
— ¿Entiendes el por qué?

Asentí con una leve sonrisa, como la que se le da a quien adoras por su

inocencia en las cuestiones más sencillas.

— Entiendo lo difícil que es vivir con uno mismo. Sus miedos, inseguridades. El querer encajar con todos y sentir que nada es suficiente. Cumplir con las expectativas de otros y las autoimpuestas. Todos vivimos nuestro propio infierno, y a veces nos gusta invitar a otros a él. Pero los más sabios, prefieren apagar el incendio antes de compartirlo.
—Lo lamento.
—También yo.

Y así continuamos hablando, compartiendo recuerdos, nuevas historias y haciendo vagas promesas de no perdernos el rastro. Yo sabía que no iba a pasar, pero la intención era más que suficiente para mi agobiada esperanza.

—¿Le traigo algo más?—Pestañee dos veces y percibí que ya no estaba frente a mí. Y que no lo había estado. La silla permanecía en su lugar, el espacio vacío resonaba en mi pecho, abriendo puerta a la decepción. Sonreí mirando a la camarera. Negué con amabilidad y pedí la cuenta.

Sí era verdad que estaba allí, pero no conmigo. Había llegado para encontrarse con otras personas, mientras mi mente quiso darle un sentido a todo aquello que nunca dijo. No me vió. Tal vez ya no pensaba en mí, quizás mi rostro no le resulta familiar, probablemente ya no había nada más que decir.

Esa conversación imaginaria me reconfortaba de algún modo. Quería justificarlo, quería tener razón, quería una disculpa. Pero permanecería irresoluto. Era tiempo de dejarle ir, no esperar, perdonar.

Después de todo, cada quien vive su propio averno. A algunos nos gusta que nos busquen para apagarlo, a otros, para convivir en él solo un rato. No era personal.

Ya no más.

Capítulo 16

Otra vez dejé en llamas un hogar
le quité las salidas,
y abandoné toda pertenencia que no
fuese mía.

Lo que quería que fuese,
lo que deseaba ser para él,
las escenas de la historia
que no llegamos a protagonizar.

La música que no le gustaba,
los diálogos que no pudimos
concretar,
Las atenciones y obsequios,
Los recibos de los encuentros a
oscuras,
Que me guiaban a lo que no era,
Pero quería ser.

Lo dejé allí,
con mis sobras, pedazos de mí,
con mi amor genuino
e incondicional.
Con mis sueños y anhelos
construidos
a su alrededor.

Lo dejé, para su propia purificación
Entendimiento y razón,
Que era todo lo que quería,
pero no así.

Capítulo 17

Cuando el eco se hace presente y,
la ausencia comienza a sentirse tan fuerte.
Cuando la habitación se hace más enorme de lo usual y,
las sábanas se sienten frías.
Cuando por las noches ni la soledad quieren ser mi amiga y,
creo que las cosas podrían ser mejor,
pero no me atrevo a cambiarlo,
es allí donde su silueta irrumpe la tranquilidad
a la que me fui acostumbrando.

Se desliza con precaución en la habitación,
dejando sus zapatos caer en el suelo con demasiado cuidado,
temeroso de cualquier respuesta.
Siento el roce, casi imperceptible, de su pelo por mi mejilla
cuando pasa sobre mí y se acomoda a mi lado.
Me mira con esos ojos de color indescifrable,
siento su aroma tan único y especial que solo logro sonreír.

Se acerca aún más, rosando su nariz contra la mía.
Cierro los ojos y acaricio la sensación de tenerlo conmigo,
otra vez.
Espero paciente a que decida besarme…
pero nunca lo hace y yo no considero hacerlo;
ambos tememos perdernos.

El silencio es sobrecogedor,
pero se siente tan bien el sonido del corazón; unidos,
la respiración se acopla y,
es cuando caigo una vez más por él.
Acercándome a su pecho y quedándome inmóvil,
pasando con suavidad mi mano en su espalda.
Sólo ahí, solos los dos. No hay nada más,
no existe nadie más.
Estamos así y el mundo es mejor.
Estamos ahí, y vuelvo amarlo.

Sólo así entiendo por qué la distancia es necesaria,
por qué la ausencia te hace sentir la soledad extrema y,
el dolor te agobia.
Por qué necesitas perder algo,
aunque sea un instante,
para apreciar el valor de poseerla.

Porque cuanto más se ama o extraña,
más abrumador es el reencuentro y,

podrás saber con seguridad,
que al otro lado de la puerta,
encontrarás la misma alegría
por ese ansiado momento.

Capítulo 18

¿[illegible]?

Sentada en lado del copiloto con la vista al frente, escuchaba a medias, como zumbidos distantes, lo que su acompañante comentaba con gran entusiasmo. Su mente oscilaba entre lo que habían vivido horas antes, lo que haría —o debería hacer— en ese instante y lo que todo aquello implicaba. Las llaves de su departamento, visible desde la ventana, le otorgaban una seguridad inquietante; las sostenía, retorcía y sentía cómo el único plan seguro a seguir. Sonreír, despedirse sin ningún indicio de duda y desaparecer detrás de la puerta. Y sin embargo, al imaginar esa secuencia, sabía que al restarle importancia a aquél día, sería como entrar al infierno que [illegible] conocía con exactitud, y que ella solo había saboreado a través de una novela.

"[illegible]."

¿Qué no había hecho eso ya? Ese mismo día, al irse con él.

—¿Preparada para esta aventura? —preguntó apenas abrió la puerta.
Lo observó con ternura, sonriente, incapaz de reprocharle que había dormido menos de las ocho horas que la separaban de ser una persona agradable a ser completamente insoportable. Pero él no tenía la culpa de su ansiedad, de su necesidad por definir un futuro inexistente y controlar cualquier daño colateral.

No era la primera vez que se veían o pasaban tiempo junto, pero por alguna razón, se sentía diferente. Iba a ser en un lugar que él conocía bien, viajarían por la autopista, habría silencios impredecibles y música de fondo. Y durante todo ese trayecto, ella se preguntaría cómo se sentiría el peso de su mano sobre su muslo, o cómo se verían desde lejos cuando pasara su mano por su pelo oscuro, y lo escuchara reír ante su propia broma, resonando a través de ella.

¿[illegible]?

Las horas pasaron y fue grato, ameno, pero la urgencia de su cuerpo por acercarse, rosarlo de forma desprevenida o captar alguna señal de que lo ansiaba tanto como ella, no la dejaban disfrutar en su totalidad. ¿O tan solo era su imaginación? ¿Su constante necesidad de llenar el espacio vacío en su corazón? Estaba inundada de dudas y parecía que nada la devolvería a la superficie.

Y así, emprendieron el viaje de regreso.

—¿Me escuchas?
La voz irrumpió la nebulosa en la que había caído, pestañeó dos veces y buscó con aprehensión, entre los recuerdos distantes, que es lo último que le había dicho. No quería que creyera que no lo escuchaba —era cierto, pero no porque no le interesaba—, no quería que esa duda se implantara entre ambos. Sin embargo, no lo consiguió y tuvo que improvisar.
—¿Hm? Lo siento. Estaba pensando en todo lo que debo hacer mañana. ¿Qué decías?
—Mañana es domingo.
—Y tú qué sabes lo que hago un domingo, ¿Eh? —Agregó en un tono más agresivo de lo que se suponía.

Él sonrió con diversión, alzando ambas manos para establecer la paz y ella se limitó a relajar sus facciones, respondiendo con una sonrisa que solo él provocaba. Una que nunca había sabido definir, pero que implicaba lo sencillo que era estar a su lado y no armar un campo de batalla por tonterías.
—Perdón. No dormí bien y supongo que esta es la hora en que ya no soy amigable
—¿Alguna vez lo eres?
Rio con él un instante, apretó con fuerzas las llaves y respiró hondo, tomando una decisión por los dos.
—Gracias por el viaje. Me divertí y, para la próxima, que sea por la tarde.
—Murmuró con toda la convicción y soltura que le fue posible, antes de descender del auto. □□□□

Capítulo 19

Si alguna vez escribí desde el amor,
con certeza de que perduraría,
no lo recuerdo.

Cada hoja marcada fue por fantasía
y desdicha.
Cada frase inventada, transmutada,
en versos relacionables,
solo fue por carecer lo que ansiaba.

Capítulo 20

No quiero escribir sobre vos,

cuando haya ruinas a mí alrededor.

Quiero dejar que mis sentimientos,

desborden las paredes de esta jaula,

Que tanto la hice mi hogar,

Y nunca vi una salida,

ni menos una puerta,

por la que quisieran entrar.

Capítulo 21

La urgencia inaudita de gobernar tu espacio personal
mientras el mundo nos observa.

Y declarar que de todas las personas que
abdicaron en mi camino,
una ha elegido regir conmigo.

Quiero establecer mi territorio,
en aquel espacio inexplorado
por los espectros del pasado.

Que sepan que pueden idolatrarte,
pero jamás tocarte.

Porque eres mío en las sombras, los silencios
y espacios que separan tu cuerpo del mío.

Sé que no es correcto,
que las fantasías invaden mi pueblo
con magia prohibida.

Pero la atracción es ineludible,
presiento una colisión irrevocable
entre tus estrellas y las mías.

Y cuando el universo se desvanezca,
espero que sepas que fui tuya,
entre la multitud, los terrores nocturnos,
y la agonía de nuestros dedos unidos,

a la espera de que los planetas se alineen
lo suficiente como para que los astros
encargados de mis deseos
no dimiten.

Capítulo 22

Me vi en un espejo,
deshecha del río que emanó desde el cielo por la tarde
y reflejaba la turbulencia de lo incierto e incontrolable,
con el borgoña intacto; inescrutable como mis emociones.

Y recordé.

Recordé lo fácil que ha sido para ti disolver
lo impenetrable y persistente.

Pues, qué precio he de pagar por colores que ni el
diluvio de noviembre pudo arrastrar fuera de su cauce.

Pero tú,
y tus besos han removido los pigmentos de lo que
indicaba ser indeleble.

Tan evidente,
con simples roces,
que sin importar
su composición o valor,
te permitiría arruinar

cada

maldito

día.

Capítulo 23

Estamos seguros, aún en la incertidumbre, que tendremos otro día. Para pensar, desmembrar nuestros sentimientos. Reducirlos lo suficiente como para ignorarlos, y continuar nuestra dinastía inmortal. Con siglos para rehacer nuestros pasos, y encontrar el triunfo en alguno de ellos.

Nos sentimos invencibles en un rincón del planeta, mientras dos guerras sacuden hemisferios diferentes. Aterrados de ser sinceros, como si eso fuese a decretar el peor de los incendios en esta isla, que tiene todo para prevalecer. Pero podría hundirse en un segundo, si tan solo mis labios dispararan un “te quiero”.

Capítulo 24

Bordar

Encontré un patrón en el bordado de mis emociones. Cuando una imagen de lo que me gustaba aparecía ante mí, caía en la trama del lienzo que lo sostendría como si fuese a crear una obra maestra. Mezclando técnicas y matices desconocidas. Entusiasmada, daba puntadas tímidas e inseguras, pero que a medida que avanzaba, cobraba fuerza y establecía la exhibición que ansiaba inaugurar. De ese modo, mantenía el ritmo de los hilos hasta que alguno destrozaba la perfección que aspiraba alcanzar. Inevitable y predecible, la combinación de puntos ya no me satisfacía. Transformaban en un oscuro y tenebroso cuadro lo que pretendía ser un atardecer. Entonces, separaba cada una de sus uniones y colores, las cortaba y arrancaba sin importar sus ineludibles heridas. Rasgaduras imprecisas, vacíos irreparables y marcas difusas de lo que una vez existió. Pero que con cada estación, no podría definirse su realidad o ficción. De ese modo, rememorando, analizando una vida de vínculos efímeros, intensos e inventados. He sido la que ha construido el bastidor de cada bordado, y ha decidido que no era de la medida o del material que quería en primer lugar.

Capítulo 25

Todavía sostengo con frágiles uñas recuerdos perecederos. Como si soltarlos, permitir que se quiebren y desvanezcan como esporas al viento, esfumara cada residuo que tus partículas dejaron sobre mi piel.

Porque a pesar de que la física diga que tú y yo jamás conectamos. Que la nube negativa de electrones repele el contacto con otros, sé que estuviste conmigo por 121 días. Adueñándote de mis lunares, estrías e indecisión.

La presión de mis nervios sensoriales está convencida de tu existencia. Mediante reminiscencia de incógnitas que solo tú resolvías, sonidos y hormigueos fantasmas. Nimiedades, colores y hábitos insanos.

Aunque nuestros núcleos no se tocaran, y las cargas negativas nos alejaran. En este universo delirante, sostuviste mi mano, rozaste mi frente y deseaste mis muslos con tan imperante ambición, que por breves momentos, tus átomos armonizaron con los míos.

Capítulo 26

Dejo mi armadura en tu puerta
Y mis zapatos también,
Por si las huellas de mis pies,
Perduran más que tu interés.

Pierdo cientos de besos a través de la cocina
Con mi ropa esparcida,
antes de fundirme en la oscuridad
de esa habitación impersonal,
donde la vergüenza que habita mi cuerpo
Parece marchar.

Deslizo mi armadura entre los dos,
En caso de que me lastimes
Con promesas que no dices
O sentimientos que no sé expresar.

Quiero vestirme,
Ver el mundo detrás de las paredes,
Y hacerlo nuestro lugar,
Pero tu piel y tacto
Me persuaden de permanecer,
En lo recóndito de esta morada.

Entonces, termino dejándote en la puerta
De un espacio infértil,
En el cual no podría florecer
Y convertirlo mi hogar.

Capítulo 27

Ilusionismo

Hay tanto que pude haber hecho diferente. Empezando por las cartas que regían mi planeta. Las hubiera puesto sobre la mesa, y hubiese descrito una a una su significado. Hubiera girado sobre ellas, mezclado y expuesto cada truco sin excusas. Con la mera finalidad de que comprendieras por qué caminaba lejos de ti si el mundo nos miraba, como un enemigo al asecho. O por qué mi corazón deshacía sus latidos si tardabas dos segundos más en sostener mi mano. Todo evocaba al estrés pasado, reviviendo sucesos desahuciados.

De cualquier modo, hubiera establecido una ilusión tan certera de quien soy, que no podrías descansar hasta descifrar los enigmas que me conforman. Como piezas inconexas que componen distintas personas. Te hubieses acercado lo suficiente como para saborear la bruma de mi alma. Tu imaginación y elocuencia no encontrarían incongruencia, más el misterio te impulsaría a perseguir la incógnita de mi propia existencia. Y te hubieras quedado. Ilusionado. Caminando sobre el espejismo de la perfecta paradoja que soy.

Porque buscaba ser encontrada, sin tener que perpetuar el trayecto del soldado que nunca aprende a renunciar ni se muere. Porque la devoción de lo que está fuera de él genera más valor para sí mismo de lo que tiene y posee, con certeza, desde la primera vez que las cartas del destino le otorgaron el triunfo en cada una de sus guerras.